

---

# LA NECESIDAD DE TRASCENDENCIA: CLAVE DE LA CALIDAD EDUCATIVA

---

*Sr. Gustavo Flores Quelopana*

## RESUMEN

La educación antes que instruir es fundamentalmente humanizar y en el actual contexto cultural posmoderno de la increencia, el nihilismo y el relativismo, la educación debe asumir como punto clave de la calidad educativa la formación de la necesidad humana de trascendencia.

## PALABRAS CLAVE

Humanismo, pedagogía, trascendencia, postmodernidad, nihilismo, valores, investigación.

## ABSTRACT

Education is fundamentally about humanizing rather than just teaching. In a postmodern cultural context of disbelief, nihilism, and relativism, education should assume the development of the human need to transcend as a key element for educational quality.

## KEYWORDS

Humanism, pedagogy, transcendence, postmodernity, nihilism, values, research.

## Introducción

La educación es la formación integral del ser humano, la misma que, aunque es parte del proceso cultural, sufre un notorio retraso en la capacidad de asimilación y respuesta de los procesos sociales, lo cual la hace muchas veces instrumento pasivo de las corrientes culturales, poniendo en grave peligro la calidad de la enseñanza y el fin supremo que la conduce.

En la actual cultura posmoderna, las ideas y creencias que insuflan al ser humano determinan en forma poderosa la conducta de los individuos. La educación típica de la modernidad, caracterizada por la secularización, la mentalidad científica, técnica, la fe en el progreso, la tolerancia y el espíritu de empresa, ya inició su decadencia para dejar su lugar a una educación posmoderna permisiva que no implica el constructo conceptual de algún "tipo ideal", en el sentido de Max Weber, ni ideal ético alguno. Junto con ella, tiene un papel muy activo la globalización del modelo neoliberal, ligeramente atemperada con la reciente crisis financiera norteamericana, pero que sigue rigiendo los destinos económicos del mundo con sus cánones pragmáticos y deshumanizados. Y no menos crucial es el avance de la sociedad tecnocrático-científica, con sus imprevisibles consecuencias de vaciar el sentido de la vida.

Esta situación tiene su inmediata repercusión en el sistema de las necesidades humanas, y, por consiguiente, en la educación, con el efecto

Sin redescubrir la verdadera importancia educativa que tiene la formación de las necesidades espirituales, no hay posibilidad real de dar calidad permanente al proceso educativo mismo, el cual queda convertido en mero aprendizaje técnico y sin espíritu.

de acentuar las necesidades de nivel biológico o concupiscente, junto a las necesidades psicosociales o irascibles, para dejar de lado las necesidades espirituales y racionales. De tal modo, se consolida un horizonte espiritual, mental y social, que permite el crecimiento de un tipo humano sin valores superiores, que altera profundamente el fin supremo educativo del que depende su calidad, a saber: la formación integral del hombre.

En nuestra filosofía providencialista las cosas no suceden solamente por algo sino para algo. Esto nos lleva a pensar que, si se viene a pasos agigantados una riqueza material acompañada por una pobreza espiritual, es justamente para que la humanidad se dé cuenta de la importancia que tiene para la supervivencia de nuestra especie el reconocimiento de la jerarquía suprema que tienen las necesidades espirituales y, dentro de ellas, la necesidad humana de Dios.

En verdad, nunca como antes en la historia de la humanidad la educación contó con tantos recursos materiales y pedagógicos que la puedan potenciar; pero jamás estuvo, como hoy, tan expuesta a tantos peligros externos e internos. Zarandeada por los nuevos fenómenos de la nihilista cultura posmoderna, la globalización sin ética y el proceso tecnológico descontrolado, la educación terminó sometiéndose no sólo a la tiranía del mercado, sustituyendo el espíritu apostólico del verdadero educador por el espíritu de lucro, sino que a esto se le añade el letal ateísmo práctico del creyente, de conducta sórdida, materialista y cicatera.

Sin redescubrir la verdadera importancia educativa que tiene la formación de las *necesidades espirituales*, no hay posibilidad real de dar calidad permanente al proceso educativo mismo, el cual queda convertido en mero aprendizaje técnico y sin espíritu. Y reconocer la importancia que tienen las necesidades espirituales

para la formación integral del hombre no es reducirlo a la oración y al amor, sino acentuar también el conocimiento y la sabiduría, puesto que el hombre es el ser finito plantado en el Absoluto, que halla su plenitud cooperando y conociendo a Dios.

### 1. Agudización de la tensión "Instructor-Maestro"

En la calidad de la labor educativa, la primera gran tarea que se afronta es asumir el ideal de convertirse de instructor en maestro. No hacer esta distinción, nos conduce hacia toda una clase de distorsiones que influyen decisivamente en la calidad académica de la labor educativa. *Instructor* es aquel que enseña o instruye en una disciplina determinada, con menor o mayor solvencia intelectual y moral. En cambio, *Maestro* es aquel que es guía moral e intelectual de su generación o de un grupo determinado. De manera que se puede ser un gran profesor en su materia, pero eso no significa ser un maestro. Ahora bien, con los nuevos fenómenos culturales de la globalización, la posmodernidad y la sociedad tecnológica, se impone un modelo de pedagogo meramente operativo, cuantificador y rendidor, ajustado bastante bien al cumplimiento de planes, metas y objetivos externos, pero que no comprometen su verdadero interés interno intelectual y moral. El resultado es un cuerpo docente eficiente para la institución, pero ineficaz para cumplir con los verdaderos desafíos de la cultura de su tiempo. Se consolida la figura del *instructor* en desmedro del gran ideal de *maestro*. Se agudiza esta contradicción interna en el docente que, con los años, se va conformando a su rol pasivo de trasmisor de conocimientos, pero que va sintiendo una amarga frustración solo compensada, parcialmente, con el confort y el consumismo de la vida moderna.

En este marco poco puede hacer la *psicología pedagógica comparada* para ayudar a que el *instructor de coro*, que meramente repite el programa educativo, se convierta en *instructor de talento*, el cual busca individualmente nuevas rutas de enseñanza, y que éste, a su vez, se vuelva en un *maestro*, quien se distingue no solamente por su afectividad hacia el alumno y carisma espiritual, sino que, tocado por el don del genio, señala con su personalidad creativa una nueva orientación educacional y valorativa. La *psicología pedagógica comparada*, que se enrumba a complementar un doble camino (por un lado, se dirige a cómo atender y cómo entender al educando y, por otro, a cómo atender y cómo entender al educador), apenas puede ayudar al docente a despertar sus energías creativas para asumir una pedagogía superior.

La orientación mercantilista de la actual sociedad

globalizada ha provocado una grave tergiversación en la contradicción instructor-maestro. A nivel universitario, donde debe ser el lugar privilegiado para la creación de cultura y la protección de la creación intelectual, se experimenta la consolidación estructural de la carencia de presupuesto para el fomento de la investigación científica y humanística. Las horas de investigación de los docentes prácticamente han desaparecido, para ser ocupadas por las clases de reglamento, y tertulias o conferencias de poco aliento. El resultado es el conocido fenómeno de la proletarización del cuerpo docente, el cual tiene que hurgar de universidad en universidad para complementar un digno sustento familiar. Cuando los talentos logran producir una investigación de valor, tienen que hacer una larga espera deprimente, muchas veces de años, para ver publicado su trabajo. Pero, como la guillotina de Occam se impone para ahorrar esfuerzos, entonces lo que se refuerza es una legión de catedráticos ágrafos, rutinarios y que, muy de vez en vez, sueltan algún artículo de ocasión para justificar la razón de su existir. Una universidad consciente de su rol crucial y humanístico debe alentar la producción intelectual incesante y la investigación permanente de sus docentes, financiando todo ello y haciéndose cargo de las publicaciones correspondientes. En su lugar, en nuestro medio universitario peruano se ha impuesto un sofisma, el cual se condensa en la frase: “La universidad es lo que publica”. Pero todos sabemos que la universidad no es una editorial hecha para publicar, es, por el contrario, la cuna del pensamiento creativo, o al menos eso debería ser. Bien visto, el lema de marras lo que busca es disimular el oportunismo institucional de la universidad peruana, salvo honrosas excepciones, para poner su sello editorial en una investigación que en el 90% de los casos no ha ayudado a financiar ni a alumbrar. En verdad, la investigación universitaria en el Perú, en la mayor parte de los casos, sigue siendo creación heroica de sus autores.

Sin presupuestos reales de investigación, el sistema universitario peruano no puede ostentar una auténtica educación superior de excelencia y de calidad. Lo que se fomenta es el mercantilismo de la universidad y su vivir de espaldas a los verdaderos desafíos contemporáneos. El ejemplo para revertir esta lamentable y penosa situación debería empezar por las universidades católicas del país, las cuales, en un acto de coherencia de fe y pensamiento cristiano, estarían a la altura de su misión para responder a la presente hora de descreimiento, relativismo y hedonismo rampante de nuestro tiempo. De poco sirve insistir en la llamada educación de las competencias, el proceso de certificación profesional, los métodos y estrategias de investigación científica, y el empleo de recursos extraordinarios para estudiar maestrías y doctorados, cuando estas han perdido su

ideal humanístico para degradarse y convertirse en meros medios para rentabilizar más la profesión. De tal modo, estamos pervirtiendo el espíritu universitario, la posibilidad de crear cultura y el estar a la altura de la hora presente. Nunca como ahora se ha hecho tan necesaria la creación de verdaderas élites del pensamiento, pero para empeorar las cosas no solo hay rebelión de las masas sino que hay deserción de las élites. El sentido supremo de la élite es el espiritual. Esto es tan cierto que se puede expresar que la profunda crisis cultural de la civilización occidental no podrá revertirse sin nuevos guías espirituales que la revitalice y la preserve.

Pero da la casualidad que, en el mundo light y superficial del presente, los nuevos templos del hombre actual no son las bibliotecas, los libros, las conferencias ni la cultura, sino que son los estadios, los gimnasios, los deportes, las dietas, los ídolos de la música popular, las grandes tiendas comerciales y la ropa casual. Con la reciente prosperidad económica, los peruanos tenemos un celular por cada tres habitantes, el endeudamiento con la tarjeta de crédito ha alcanzado niveles alarmantes, el consumismo se disparó a tasas descontroladas y el estilo de vida californiano amenaza con acelerar el deterioro de nuestra ecología. Pero todavía tenemos el más bajo porcentaje de bibliotecas familiares en América Latina. Gastamos más en cervezas, fiestas y distracciones sin sentido, que en libros. ¿A qué obedece este fenómeno social, este nuevo culto efebólico descontrolado, el deseo de vivir el presente con la mayor intensidad y dispersión posible? Se trata de un sensualismo que ignora los límites de la ciencia y que alimenta un falso orgullo de la falta de fe en Dios, para sustituirla por una justificación de la fe en la racionalidad postmoderna interpretativa, o dicho más simplemente: “no hay verdad, todo es interpretación”, el *non plus ultra* interpretativo prevalece. Y la única manera de que esto triunfe es liquidando las preguntas acerca de las cosas últimas y primeras como reliquias del pasado metafísico. Sabemos, sin embargo, que, ante lo anterior, la condición humana se subleva porque siente morir su fuente de energía y destino superior.

En la apoteosis de la *sociedad de la sensación*, nuestra tecnología ha sido lanzada contra el silencio: se trata de una Babel de distracciones y ansiedades que no deja que la voluntad logre nunca el silencio. En la sociedad de la sensación, vagan erráticos las tres clases de silencio básicos: el silencio de la boca, el silencio de la mente y el silencio de la voluntad. Nuestro ciego y vertiginoso hiperactivismo sin finalidad, resultado de un exceso de extra versión, ha dado lugar a los descubrimientos tecnológicos. A su vez, el progreso tecnológico es productor y mantenedor de esa *revolución somatotónica*, la cual persuade a la población para que la acepte

como *weltanschauung*. En ella, la acción es considerada como el fin supremo, y el pensamiento desinteresado como un medio para tal fin. Esto explica cómo se ha extendido por el mundo, primero, anglosajón y, luego, latino, la deformación de concebir a la filosofía como un “conocimiento aplicado”, como otra especialidad técnica más. Acorde con esta deformidad, lo que más importa en esta era somatotónica no es la situación espiritual sino la situación material. La meta suprema de ganar más como sea lleva no sólo a los tristes ejemplos de los *burriers*, sino también a catedráticos principales que hurtan horas para dictar a escondidas en otros centros académicos. De la mano con estas tendencias, va el nuevo oscurantismo de los medios masivos de comunicación social, que confeccionan la “verdad”, y la publicidad, que es el pulmón por el que respira la sociedad de la sensación y retroalimenta la devoción por toda clase de estímulos instintivos.

Por último, con este sistema de comportamiento y de pensamiento somatotónico está estrechamente asociada una educación para la competencia, la cual alienta la manifestación de la somototonía tanto en los sibaritas ricos como en el resto de la población pobre. La revolución somatotónica que sopla con fuerza en América Latina sobre nuestra identidad colectiva, tiene como característica esencial la de ser una afirmación de la vida sin contenido ético, sin espiritualidad ni interioridad. Esto tiene el indeseable corolario de exacerbar los defectos y marchitar las virtudes. Dicho cambio tiene que ver con la cultura cristiana. La unión espiritual y mística con el ser infinito ha sido puesta de lado en el pensamiento occidental desde el siglo XVIII. No se trató aquí del abandono de la supraética mística de la identidad, muy presente en el pensamiento de la India, sino del abandono de la mística ética del *amor activo*, propia del cristianismo. La actual afirmación *anética* del mundo y de la vida resulta siendo mortal para la humanidad entera. El *hombre anético*, con moral pero sin valores superiores, encarna el pináculo de la revolución somatotónica de la contemporaneidad y no es más que una mortal expresión del espíritu anético de nuestro tiempo.

De esta forma, el espíritu de la hedonística cultura posmoderna, la rentabilizadora globalización mundial, y el automatismo que segrega la sociedad tecnológica, hacen que la educación deje de ser un apostolado y sea convertida en un medio para un fin externo. Esto significa que la orientación vocacional y profesional del magisterio ha ido en retroceso, y se ha convertido en una simple elección estratégica de sobrevivencia. La vocación del pedagogo nunca como ahora ha estado más huérfana de maestros y más poblada de gente sin verdadera vocación por la enseñanza. De ahí que

la llamada “aula virtual” se haya convertido para los docentes no en una herramienta de investigación, sino en un medio para enviar documentos, avisos y, sobre todo, copiar información. La actitud del docente hacia las Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) es, por lo general, pasiva, acrítica y repetitiva (Calatayud, 2005). La simplificación y esquematización de los contenidos temáticos, junto a la empequeñecida capacidad expositiva del docente, son las primeras consecuencias del proceso telemático. El resultado ha sido una legión de profesores que leen mal y muy poco, investigan menos, escriben incorrectamente y hablan de manera deficiente. La tiranía de la técnica en la enseñanza a nivel universitario ha mostrado todo su mendaz rostro, cuando en cursos de maestría y doctorado la imagen pasiva sustituye a la palabra docta y el análisis agudo del expositor. Todo esto nos lleva al reconocimiento de que el término *maestro* ha sufrido un menoscabo sociológico a favor de su masificación mecanizada, se ha degradado y corrompido.

Obviamente, la proletarización del profesor ha ido en desmedro de su auto-perfeccionamiento. No cuenta con horas de investigación, y las horas de estudio personal son dedicadas para llevar a casa exámenes para corregir y clases para preparar. En este punto, es necesario reconocer que se requiere de una *reingeniería estratégica*, que permita al maestro gestionar mejor su talento para aumentar su valor intelectual y pedagógico. Hacer una gestión de calidad en la enseñanza como un modelo que se oriente hacia el mejoramiento de su competencia profesional, en vez de ser un mero corrector de exámenes (Scott, 1999). El proceso de creación de valor en la escuela atraviesa por la necesidad de estudios serios que demuestren el impacto que, desde el punto de vista cultural, económico y político, produce en la escuela el ambiente externo.

De este modo, si se persigue alcanzar la calidad académica en el proceso educativo hay que mirar más lejos y más profundo. Por lo pronto, hay que retener esta primera distinción entre “instructor” y “maestro”. El instructor pone el acento en la enseñanza y en la transmisión de conocimientos, el maestro enfatiza su misión de apostolado viendo, con prioridad al ser humano, para llevarlo hacia su propio descubrimiento interior y al deseo del aprender. El instructor prefiere la disciplina externa y la memoria, el maestro ilumina la disciplina interna y la personalidad reflexiva. El uno es rutinario, el otro es espontáneo. El instructor enseña un oficio, mientras el maestro es el que enseña a vivir con libertad creadora y autoperfección espiritual. Los nuevos fenómenos culturales impiden que este proceso se cristalice.

## 2. Educación y sociedad

Mucho le debe la sociedad al maestro que sí nos suele dar lecciones de fortaleza. Es cierto que la sociedad le debe mucho a quien, en condiciones difíciles y siempre desafiantes, debe transmitir experiencias, preceptos y costumbres de vida a las generaciones que le corresponde capitanear. El Estado, que nos representa a todos, y el Gobierno, que administra este Estado, tienen directa responsabilidad en las condiciones en las que el profesor desarrolla su loable tarea. Incluso ahora se cuenta en el Perú con una nueva Ley de Educación descentralista, para que los recursos del Estado vayan hacia la escuela pública a mejorar sus condiciones materiales, aunque el presupuesto destinado para el sector educación, en el 2009, no alcanzó el 25 por ciento recomendado internacionalmente. Todo ello está orientado a brindar a los maestros las mayores alternativas de desarrollo personal y lograr la tan ansiada calidad educativa.

Esto nos llevaría a una segunda afirmación que se ha dado generalmente por aceptada y cierta. Y esta es que la educación conduce a la transformación social del país, lo cual es una verdad a medias. Lo podemos apreciar, en primer lugar, en la grave crisis mundial que atraviesa la educación en los países más desarrollados del Primer Mundo. Allí, la extraordinaria calidad del material didáctico, del personal docente y de los medios técnicos, ha sido rebasada por el clima social de indiferencia generalizada hacia lo educativo y el aprendizaje. La ola de crímenes y suicidios en las escuelas públicas nos hacen recordar las palabras del pedagogo Iván Illich, el detractor de la escuela, cuando decía que estas son "instituciones deshumanizadas" (1975). A lo cual solo cabría añadir que son instituciones deshumanizadas porque todo el aparato social se encuentra desquiciado por la codicia, el exitismo y el estar entregado a las necesidades materiales, descuidando lo más esencial del hombre, es decir, sus necesidades espirituales.

Por consiguiente, elevar la condición de vida del educador y de los educandos no lleva necesariamente a elevar la calidad del proceso educativo, si junto a ello no engarzamos todo un conjunto de nuevos valores humanísticos. Es decir, la inversión en *capital humano*, mediante la ampliación y elevación de la escolaridad, es fundamental, pero ello no debe hacernos olvidar que la educación también se extiende al proceso formativo no institucionalizado y sin atender esta última todo el proceso formativo escolarizado se puede echar a perder. Así, en los países más prósperos del planeta, los índices educativos de violencia, gansterización, suicidio, alcoholismo, drogadicción y analfabetismo funcional son los más dramáticos de la historia de la humanidad. Nunca como antes el hombre ha tenido tantos medios

a su alcance para desarrollar una verdadera educación y, a la vez, nunca como ahora se ha encontrado tan gravemente amenazada. Lo que nos lleva a desmentir un persistente mito instrumentalista sobre la educación, a saber, que esta es una herramienta del desarrollo social. Una cosa es el desarrollo educativo y otra, es el desarrollo social. Incluso es necesario reconocer que con los medios masivos de comunicación se presenta el nuevo fenómeno de que la *Gran Escuela* es la Comunidad. El insigne maestro peruano Emilio Barrantes (1993) puso, en su tiempo, mucho énfasis en destacar que la educación va más allá de la escuela y comprende a toda la sociedad. Sin una política educativa que involucre a toda la sociedad y a todos los actores sociales (prensa, radio, televisión, partidos políticos, sindicatos), no es posible sacar adelante un auténtico cambio educativo. En este sentido, no es difícil darse cuenta de que una comunidad arraigada en los falsos valores del éxito, el mercantilismo, el consumismo y la frivolidad, constituye una poderosa fuerza anti-educativa que contrarresta todo lo bueno que se puede enseñar en las aulas. En otras palabras, la problemática educativa exige no limitarse al examen de los problemas internos de la escuela (*enfoque intrainstitucional*) sino tratar las relaciones existentes entre esta última y las demás instituciones educativas (*análisis interinstitucional*). En estos tiempos de profunda crisis institucional, en todos los ámbitos, no hay que descuidar el *enfoque de orden macrosociológico* en el contexto educativo. La escuela acusa de modo decisivo y manifiesto los condicionamientos socioeconómicos y culturales que la rodean y la impregnan, de ahí que hay que tener en cuenta las relaciones existentes entre escuela y sociedad.

De esta forma, sigue siendo válido el diagnóstico del fundador de la sociología de la educación, Emilio Durkheim, al demostrar que el sistema educativo dependía de la sociedad global. Esta dependencia genérica en relación con la sociedad fue precisada por Weber, en el sentido de que la educación se dirige a formar a los hombres conforme a las exigencias de la estructura de poder, donde el ideal educativo será respectivamente el del iniciado, el hombre culto o el del especialista. Esta concepción dicotómica fue llevada al extremo por el marxismo, que interpretó el proceso educativo según la contraposición neta entre explotadores y explotados, y la caricaturizó como instrumento de represión social (Freire, 1975). Estos tres enfoques son profundamente distintos, pero coinciden en considerar la educación como una *variable dependiente* (de la sociedad entera, en el caso de Durkheim, de la estructura de poder, para Weber, y de las relaciones de producción, en Marx). Aunque luego sobrevino el enfoque estructural-funcionalista, que tiende a configurar la relación entre educación y

sociedad según el principio de interdependencia. Sin embargo, este enfoque ha sido criticado recientemente por la insuficiencia de sus análisis respecto a los procesos de cambio social, su matriz ideológica conservadora y su énfasis excesivo en los roles, todo lo cual lo llevó a perder de vista al hombre como unidad integral. Un último intento, en este sentido, ha sido probado por el profesor Edgar Morin con sus estudios sobre la complejidad (2007). Y si algún reparo hay que hacer a su interesante propuesta es que se limita a buscar la armonía humana en lo inmanente, sin considerar su necesidad de trascendencia. Así, el enfoque integral del hombre queda recortado y sin capacidad de respuesta para la cultura de la increencia actual. No obstante, a pesar de la importancia del enfoque integral, la educación en América Latina sigue privilegiando la postura estructural-funcionalista en su nueva versión de *desarrollo de las competencias*.

La crisis actual de la educación se refleja en que de un sistema formativo centrado en la *familia*, propio de la *sociedad preindustrial*, se pasó a un sistema formativo centrado en la *escuela*, propio de la *sociedad industrial*; pero, a medida que las crisis y tensiones se agudizan, se hace evidente que la escuela pierde su función formativa monopólica y aumenta un auténtico fenómeno de *paraescolaridad en la sociedad postindustrial*. En nuestros días, está en cuestión que el espacio educativo por excelencia sea la escuela y a duras penas mantiene un poder certificador. Lo que está cambiando es la realidad de nuestro sistema formativo hacia un contexto policéntrico. Y esto es sumamente importante en nuestro país, donde generalmente se cree que el autodidactismo carece de valor y que el único que sabe es el que exhibe un cartón, aunque, en el fondo, sea un perfecto mediocre. El autodidactismo corresponde a quien se forma intelectualmente, por su propio esfuerzo, encontrando holgura y placer en ello, y, muchas veces, la calidad que obtiene supera muchas veces a la de los académicos. J. C. Mariátegui –modesto alcanza rejonés– y Julio C. Tello –tildado de “huaquero” por el alemán Max Uhle– son dos casos ilustres. A nivel mundial, premios Nobel (Harold Varmus, en medicina), filántropos multimillonarios (Warren Buffet, presidente de la Junta de Berkshire), presidentes de universidades (Lee Bollinger, Presidente de la Universidad de Columbia), escritores y líderes de negocios (Ted Turner, fundador de CNN) rechazados por la universidad se volvieron personajes laureados porque tomaron la determinación de que la determinación de su talento y potencial solo dependía de ellos mismos. Todo esto demuestra que el error más grave es restar disciplina al autodidacta, cuando si bien supone un rigor, una exigencia mayor autoimpuesta en lugar de ceder ante un organismo social. El rigor autodidacta es mucho más difícil de

mantener que la disciplina impuesta por la academia, y no solo tiene presencia en el campo de la cultura popular sino también de la cultura académica. Esta es una de las manifestaciones policéntricas del contexto educativo.

Por ello, es necesario reconocer dos hechos. El primero, que es un compromiso excesivo que sobrexige la educación al encargarle la tarea de la transformación social. En todo caso, aquella no debe limitarse a los procesos formativos institucionalizados, sino que ha de interesarse, también, por los procesos no institucionalizados. Y, en segundo lugar, para cambiar la sociedad hay que tomar en cuenta muchos otros factores extraeducativos. Insistir en que solo un Estado que cautele la distribución justa del capital puede proporcionar al niño, joven y adulto, una auténtica educación, y devolverle al maestro su papel de líder de su comunidad, es un sofisma en la compleja sociedad contemporánea (Mead, 1962). El problema actual es que no hay élites, ya fue absorbida por la sociedad de masas produciéndose la barbarización cultural. Ya dijimos que no solo hay rebelión de las masas sino que hay deserción de las élites. Y para empeorar la situación se suele confundir el *crecimiento económico* con *desarrollo humano*. Quizá la más palmaria representación de esta distorsión la encontramos en el presente neoliberalismo del Hiperimperialismo globalizado (Flores, 2007). Los mercadóltras persisten en su empeño de convertir al hombre en un medio para el gigantesco mecanismo impersonal que lo enajena (Franco, 2008). Así, el hombre actual ya no vive enajenado sino que vive cosificado; ya fue enajenado, aún se rebela contra su alienación, en cambio, el hombre cosificado ni se da cuenta de ello y vive contento en su enajenación. Y esta situación cosificante se ha vuelto tremendamente cierta y patente con el actual “hombre Light”, frívolo, sensualista y ludópata de la cultura posmoderna. Todo el orbe occidental está inmerso en una revolución somatotónica dirigida contra todo lo que es propiamente cerebrotónico.

La adversidad del hombre contemporáneo contra el pensamiento fue también señalado por el filósofo existencialista alemán Martín Heidegger (1958), quien sostiene que el pensamiento actual, dominado por la técnica moderna, busca desocultar al ente pero para manipularlo, transformarlo y dominarlo. Sin embargo, este desocultamiento del pensamiento técnico es un nuevo ocultamiento de la esencia del ser, que no nos deja pensar la cosa sin su transformación y dominio. Este espíritu indiferente, narcisista, hedonista, manipulador, seducido por lo efímero, la sensación, el consumo y la publicidad, que inunda la vida actual, es un verdadero agente disolvente de la escuela, la educación y del maestro. Así, no es posible postular de forma coherente

la calidad académica de la labor educativa. Y es que la cultura posmoderna rebasa la institución educativa, la influye y la modela. Lo que confirma que el docente, en la sociedad actual, antes que expandir y consolidar la cultura es, al contrario, modelado por esta.

### 3. Enfoque integral de las necesidades humanas

No hay duda de que se requiere un enfoque integral y jerarquizado de las necesidades humanas como base del ejercicio educativo, que no solamente tome en cuenta a la comunidad como la gran escuela que puede ayudar a formar o distorsionar al proceso educativo, sino que subordine las necesidades materiales y sociales a las necesidades espirituales. Dentro de ello, la democracia debe saber promover una sociedad auto controlada para no permitir el abuso de la libertad que se arruina en antivalores, y a su vez debe promover una educación crítica, analítica y creadora (Dewey, 1971). El enfoque integral debe, además, hacer hincapié en que la educación es solo una variable para promover el desarrollo humano; los otros factores son el económico, el político, el cultural y el religioso. Además, un verdadero enfoque educativo integral no debe limitarse a la dimensión terrenal del hombre descuidando su necesidad de trascendencia.

Efectivamente, la sociedad anética es la comunidad sin valores superiores, que desespiritualiza la vida y reduce la dimensión humana a ser un medio para el placer, el dinero y el poder. Mamom, Príapo y Leviatán son los nuevos dioses del hombre anético. Vivimos bajo el imperio posmoderno del hombre anético (Flores, 2008), y denomino *anético* al acto moral por medio del cual la mentalidad moderna y posmoderna convierte al hombre en una criatura sin absoluto, y al mundo, en un universo luciferino. Este acto moral del hombre anético pertenece a una época en que se completa el proceso de secularización y de extinción de lo divino y, tras perder el nexo ontológico entre Dios y la Criatura, pierde también su propia condición de criatura. Lo anético no afecta la capacidad humana de sentir lo divino, sino su voluntad de lo divino. El lema del hombre anético ya no es "Dios ha muerto", sino "El hombre ha muerto". Con la muerte de Dios, el hombre anético, que coincide con el "todo vale" de la cultura postmoderna, sepulta algo muy esencial de su ser, es decir, el contacto con la cúspide del valor, es decir, lo Absoluto. El anetismo también señala el tránsito del pensamiento contemporáneo de la cultura de la increencia a la cultura del nihilismo. Pero se trata de un *nihilismo integral*, como nunca antes visto en la historia universal. Tal nihilismo integral supone el *nihilismo gnoseológico*, que niega la posibilidad del conocimiento de modo radical; el *nihilismo metafísico*, que niega la posibilidad de algo permanente en el devenir

y la multiplicidad; y el *nihilismo moral*, que afirma la desvalorización de los valores superiores. En una palabra, el anetismo de la cultura nihilista actual es resultado de una modernidad que, al fracasar el ideal universalista de la razón, se centra en lo cismundano para obviar completamente lo transmundano.

Esa es la cultura que nos amenaza y que amenaza la calidad de la educación, porque una sociedad que genera antivalores colisiona con el proceso educativo mismo que es un proceso valorativo (Tirini y Polo, 2008). Por ello, el deber de la educación es tomar las medidas pedagógicas necesarias para combatir la raíz y las consecuencias del proceso que genera y retroalimenta el círculo vicioso antivalorativo. Y no podrá hacerlo hasta que no se dirija a los sentimientos, y no solo al intelecto, porque los sentimientos son la morada primaria de los valores. De ahí la importancia de destacar la impronta moral del profesor sobre el alumno, y de la institución educativa con el profesor, porque una buena acción enseña mucho más que mil palabras. El profesor y la institución no solo educan la mente del pupilo sino también su corazón. Debe enseñar a encauzarlos hacia el bien. Mente, cuerpo y conciencia son los objetos a educar. Y la sociedad actual demanda acentuar la educación moral. Las personas y las instituciones se vuelven anéticas, también, cuando sus acciones contradicen su prédica; cuando, por ejemplo, los colegios e instituciones cristianas dan prioridad al factor económico antes que humano.

La condición humana implica un desplazamiento horizontal y progresivo constante en la escala de los valores y no una fijación neurótica en uno de sus niveles. En el fondo, se trata de saber elegir el valor en cualquiera de sus niveles sabiendo evitar la polaridad negativa de los valores. Esto, traducido en la práctica cotidiana del peruano, se revela constantemente en la incidencia constante en la *polaridad negativa de los valores* a pesar de un firme reconocimiento en la importancia de una vida valorativa. En otros términos, como decían nuestros tatarabuelos de la Colonia: se tolera el pecado, pero no el escándalo. Vivimos una vida dividida entre lo que hacemos y predicamos, porque el neuroticismo reinante en la psique colectiva impide la asunción de nuestras propias verdades interiores. Así, en lo estético, oscilamos entre lo bello y lo horrible; en lo lógico, entre la verdad y la falsedad; en lo económico, entre lo beneficioso y perjudicial. El peruano no se acepta como es, con todos sus defectos y virtudes, y eso le impide llevar una vida valorativa normal y equilibrada. Muchas veces, lo que resulta peor es percibir la ausencia del afán de autosuperación. Bien dice el psiquiatra Saúl Peña, en una obra de psicopatología política (2003), que los

peruanos nos debatimos oscilando hacia una psicopatía de valores que pertenecen a la destructiva ideología de la muerte. Nadie como el peruano se interroga tanto sobre la identidad nacional, y no precisamente porque carece de ella, sino porque resulta inaguantable reconocer el estado patológico de nuestra personalidad social. Se trata de una especie de neuroticismo –el término pertenece al psicólogo americano Eysenck– que designa, en nuestro caso, la inestabilidad emocional del sujeto social. Este trastorno grave de nuestro psiquismo colectivo nos impulsa a movernos desordenadamente, desde la falta de reacción abúlica hasta las explosivas capacidades en crear proyectos, pero sin corresponderle una paralela capacidad de realización. Lo inconcluso, el esfuerzo a medias y petrificado, nos caracteriza. Pero esto puede ser revertido.

La idea que voy a sostener a continuación es que la racionalidad anética se basa en la práctica del valor en su polaridad inversa o negativa, y que, por consiguiente, no es exacto que se basa en el rechazo completo del valor, o que se ha rechazado enteramente el “confort metafísico” del valor mismo. Veamos. Sobre la superioridad de los valores existe una precisión que es necesario establecer, que esta consiste en su relación con la polaridad del valor mismo. Se puede vivir en el nivel máximo del valor religioso sin practicar necesariamente su positividad divina, estando más bien en la práctica de su negatividad sagrada. El caso se configura, con toda nitidez, en los grupos religiosos satanistas. En el caso satanista tenemos, con toda claridad, la práctica del valor religioso en sentido inverso. Del mismo modo, se puede cultivar el valor estético sin necesariamente practicar lo bello y más bien desarrollando lo horrible. Y lo mismo sucede, en sentido negativo, con el valor ético, lógico, económico vital y útil. De ahí que es posible plantear cuatro leyes que dan cuenta de la compleja relación, no advertida hasta ahora, entre la jerarquía de los valores y su polaridad valorativa. He aquí las respectivas leyes:

#### *1ª Ley de la jerarquía horizontal y progresiva del valor*

En la cual se da cuenta que la ordenación de los valores, junto a su práctica, presenta un progreso horizontal y no vertical, en tanto que se trata de ejercer las polaridades positivas de cada uno de los valores (valor de lo útil, vital, económico, lógico, ético, y religioso). Si los valores máximos, como son el estético y religioso, tienen también una polaridad negativa, entonces no tiene sentido hablar de una jerarquía vertical, sino horizontal del valor; puesto que incluso los valores máximos también tienen una polaridad negativa. Se trata, pues, de la existencia de una polaridad intrínseca del valor que señala al mismo tiempo su sustento ontológico, con lo cual tomamos distancia del subjetivismo valorativo.

De este modo, se comprende cómo incluso en la práctica de los valores religiosos se puede estar en la experiencia y preferencia de su polaridad negativa, en este caso demoníaca, luciferina, o lo que es lo mismo la autosuficiencia de la criatura. En el ejercicio del valor estético, se puede practicar su polaridad negativa, esto es lo horrible y pavoroso. En el valor ético, el altruismo es la polaridad positiva y el egoísmo, la polaridad negativa. En el valor lógico, la verdad es la polaridad positiva y la falsedad, la polaridad negativa. En el valor económico, la igualdad de oportunidades para todos constituye la polaridad positiva y la discriminación para el progreso, su polaridad negativa. En el valor vital, la satisfacción de las necesidades personales sin dañar la de los demás es la polaridad positiva, y la satisfacción de las mismas dañando el bien ajeno es la polaridad negativa. En el valor de lo útil, la polaridad positiva lo constituye el equilibrio entre lo conmutativo y lo distributivo, y la polaridad negativa está representada por el predominio unilateral de uno sobre el otro. Así, por ejemplo, en el capitalismo liberal, el principio conmutativo rige los intercambios económicos haciendo que una libertad sin límites dañe el principio distributivo de la solidaridad, mientras que, en el socialismo burocrático el principio de solidaridad daña, en nombre de la justicia social, el principio conmutativo de la libertad.

#### *2ª Ley de positividad progresiva y de negatividad descendente*

Según la cual, el ejercicio de la polaridad positiva de los niveles inferiores del valor capacita para la práctica progresiva de las restantes polaridades positivas en la escala de los valores. Es decir, incluso practicar lo beneficioso en el valor económico predispone para un ejercicio de las demás positivities valorativas en sentido progresivo. Pero la práctica de la polaridad negativa de cualquier tipo de valor es una poderosa fuerza que impele al ejercicio descendente de las demás polaridades negativas de los valores. Se comprende de suyo que, generalmente, la práctica de la polaridad negativa del valor económico vaya acompañada de otras polaridades negativas de las demás esferas valorativas de lo útil, lógico, ético, estético y religioso.

Desde este punto de vista, es curioso cómo se puede constatar empíricamente la existencia de racionalizaciones religiosas que justifiquen una vida personal girando en torno a la riqueza. La multiplicación de iglesias que pregonan prosperidad económica y riqueza para los fieles es una perversión en la polaridad negativa del valor religioso. En el cobro de la deuda externa de los países periféricos también se puede advertir que, agio y usura de la banca internacional acompaña la mentira y la falacia en las argumentaciones de tal indebida exacción.



### 3° Ley de la reversibilidad en la autoconciencia del valor

Según la cual, la existencia humana es susceptible de padecer ofuscamientos valorativos, aun cuando su práctica precedente haya sido de una constancia en la polaridad positiva del valor. Esto se conoce, en lenguaje teológico, como la naturaleza pecadora del hombre y, en el lenguaje filosófico, como la naturaleza lábil o contingente de lo finito. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra, dice Jesús en los Evangelios: palabras reveladoras de la naturaleza ambigua de las pasiones humanas. Jorge Luis Borges decía que no se puede contemplar sin pasión; quien contempla desapasionadamente no contempla. Y Benjamín Disraelí remarcaba que el hombre es verdaderamente grande solo cuando obra a impulsos de la pasión. Una mejor frase a favor de las pasiones le corresponde a Séneca, cuando dice que un hombre sin pasiones está tan cerca de la estupidez que solo le falta abrir la boca para caer en ella. Según como vamos, el hombre es una criatura de sus pasiones, puede apasionarse por el mundo de lo útil, lo económico, lo vital, lo estético, lo lógico, lo ético, y lo religioso, y en ninguno de estos se halla libre del error y de la polaridad negativa del error, e incluso de su degradación. Cierta vez, se cuenta, el gran Miguel Ángel no completaba algunos rostros de un fresco en la Capilla Sixtina en Roma, e interrogado por tales vacíos dijo que no encontraba el rostro angelical de un hombre. Una vez que lo halló, lo pintó, pero dejó otro rostro sin pintar, y lo tuvo así varios meses. Hasta que lo completó. Interrogado por tal demora explicó que el rostro de la maldad que buscaba lo encontró en el mismo hombre que tiempo atrás le sirvió de modelo para el rostro angelical. Esto es, que el hombre en la autoconciencia del valor, experimenta tanto una reversibilidad ascendente como descendente, puede redimirse como puede corromperse. Cuando Jesús libra a Magdalena de ser lapidada, le dice a esta que se vaya, pero que no peque más. Y es, justamente esta tendencia de reincidencia lo que falla continuamente en la voluntad humana. De ahí que los textos sagrados de las grandes religiones coincidan señalando que no hay hombre bueno, el único bueno es Dios.

### 4° Ley de inercialidad del valor

Según la cual, todos los valores ejercen una determinada influencia pasiva, tanto en su polaridad positiva o negativa, sobre el carácter virtuoso como vicioso del individuo. De ahí que el hombre no sea completamente bueno ni enteramente malo, que en los buenos existe un grano de maldad y en los malos un residuo de bondad. La inercialidad del valor indica que en toda criatura libre y racional se mantiene irreductible la polaridad de los valores. En el hombre más santo, el

mal se hace también presente de una forma más violenta, y en el hombre más infame no se extingue jamás un rastro de humanidad. Se cuenta, por ejemplo, que los aliados doblegaron el poder industrial militar del Tercer Reich de Hitler bombardeando inmisericordemente las poblaciones de civiles alemanes, y los norteamericanos, en la confrontación con el Japón, lanzaron dos bombas atómicas para lograr la capitulación incondicional del Imperio del Sol Naciente. En la sabiduría de la lengua popular, estas acciones se conocen bajo el proverbio de que “no hay mal que por bien no venga”, o “no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista”. Y, en la literatura, esta paradójica situación ha sido muy bien retratada en la novela *Pantaleón y las visitadoras*, de Mario Vargas Llosa, donde el deber rigurosamente cumplido puede resultar siendo pernicioso. De modo similar, la ley de la inercialidad del valor queda ilustrada en el siguiente caso: para un hombre práctico, todo lo que tiene valor tiene precio; para un hombre espiritual, todo lo que tiene precio tiene poco valor. Es curioso cómo a Nietzsche se le moteja de pragmatista, cuando es de la segunda opinión. En todo caso, hay que recordar a John Ray cuando afirmaba que el precio más alto que puede pagarse por cualquier cosa es pedirla por favor.

Pues bien, si hemos de entender por educación la formación integral del ser humano, entonces, lo que se requiere es una *pedagogía humanista* adaptada a las condiciones de nuestro tiempo (Flores, 2009). Es decir, el hombre debe procurar desarrollar con libertad la totalidad de sus aptitudes corporales, intelectuales, afectivas, prácticas y espirituales. Pero esto solo será posible cuando el Estado y el Gobierno entiendan que la política educativa trasciende la escuela y abarca a toda la sociedad en su conjunto, como un proceso dirigido hacia un ideal trascendente que se condiga con la estratificación de las necesidades humanas. Sobre la pedagogía humanista, cabe decir que esta descansa en una determinada idea del ser humano (Schwartz, 1979). Pues bien, hay que subrayar la diferencia fundamental entre *hominismo* y humanismo. El hominismo es antropocéntrico, objetivista, inmanentista, naturalista y secularista, propio del racionalismo científico; por su parte, el humanismo es el reconocimiento del hombre como ser finito plantado en lo absoluto, es el buscador de Dios que no subestima el mundo y que ve en el hombre algo más que el hombre mismo. No obstante, no podemos ser ingenuos y debemos preguntarnos si una pedagogía humanista puede revertir la tendencia discriminatoria en la escuela. Ante esto, hay que decir que si la escuela, como lo subrayó Sorokin, es la exploración de las cualidades generales de los hombres para determinar su actividad a desarrollar, entonces su destino ocupacional cierra el acceso a otras profesiones. En otras palabras, incluso la escuela democrática no es

un mecanismo de *nivelación* y democratización sino de *aristocratización* y de *estratificación*; por consiguiente, la escuela también está en crisis por ser todavía fuertemente discriminadora, al convertirse en un filtro para un destino ocupacional preciso. Esto significa que, lejos de pensar en la formación del hombre integral y universal, todavía piensa en el hombre especialista y unilateral, cuando lo que se requiere es el *hombre generalista y universalista*. Las crisis que azotan la hora presente son de carácter mundial, exigen un enfoque holístico. Además, a esto se une la subocupación y desempleo estructural o permanente, cada vez más manifiesto, de profesionales, cuyo número real es superior a los puestos de trabajo disponibles, como resultado de la sustitución de la universidad de élites por la universidad de masas (Ortega, 1972).

La pedagogía humanista tiende a abordar al hombre en la totalidad de sus capacidades y no solo en vista de su urgencia laboral. Con ello, puede evitar la sujeción de nuestra existencia al dominio de la materialidad, al mantener la jerarquía de los saberes; es decir, la subordinación de lo físico a lo social, lo social a lo cultural, y lo cultural a lo espiritual. A su vez, la educación no debe olvidar que está inseparablemente unida a la solución de los problemas integrativos de la sociedad, porque en el fondo es un modelo integrador que coordina las relaciones sociales en constante conflicto y cambio. Y esto se nota, especialmente, en las relaciones entre educación y economía, con la aparición de un sector cuaternario centrado en la investigación y en la innovación, el desequilibrio entre el sistema ocupacional y el sistema educativo, el aumento del paro tecnológico y la devaluación de los títulos de estudio. En este sentido, aumenta en el presente la importancia de la formación del profesorado a partir de la propia experiencia en el aula, como del intercambio de opiniones y experiencias mediante cursillos, conferencias o seminarios. Las nuevas tecnologías, los cambios culturales y científicos que se dan en el mundo, reclaman una transformación de la escuela y, por lo tanto, se precisa la actualización incansable de los educadores. Pero igual de problemáticas son las relaciones entre educación y cultura, porque mientras la cultura más se halle en crisis, más inestable e inseguro será el contenido educativo, debido a que seremos menos capaces de distinguir los contenidos del patrimonio cultural y de que siguen siendo válidos. Es inevitable que la escuela siempre se encuentre desfasada, porque su cometido no es la innovación, sino la transmisión didáctica de los cambios culturales, tecnológicos y científicos. En cambio, la universidad siempre debe estar a la vanguardia de los cambios culturales y científico-tecnológicos, porque su labor es presidir la creación y no persistir tanto en la transmisión de conocimientos.

### A modo de conclusión

En suma, la formación de la necesidad humana de trascendencia tiene su primer principio en la naturaleza, por lo cual tendemos al primer principio; pero las acciones humanas pueden buscar el sumo bien y la trascendencia en los más diversos modos de vida y en los más diversos objetos. Tanto es así que los que pecan se apartan del sumo bien, en quien está de verdad su último fin, pero no se apartan de la intención misma del fin último, que equivocadamente la buscan en otras cosas. Respecto a la realidad del fin último, no todos los hombres están de acuerdo, porque unos desean los placeres, otros las riquezas, otros el poder, etc.; pero, como dice San Agustín, el fin último del hombre, apetecido por todos los seres intelectuales, es la bienaventuranza, aquello que solo en Dios puede hallarse de modo completísimo. De manera que Dios constituye, en verdad, el último fin del hombre y de todas las criaturas, en un sentido doble, como apunta Santo Tomás de Aquino (1974): en cuanto al objeto mismo y en cuanto a su consecución. Por tanto, la necesidad humana de trascendencia solo puede tener en Aquel su fundamento final y real.

En este sentido, en medio de los cambios suscitados por la cultura posmoderna, la globalización y la sociedad tecnológica (todo lo que acentúa el carácter materialista de la civilización moderna y promueven un tipo humano anético, relativista y hedonista), es preciso enfocar la creación de la calidad educativa, tanto escolar como universitaria, promoviendo una cultura basada en la importancia suprema que tiene la necesidad de trascendencia del ser humano. Lo cual implica un cambio completo, aunque gradual, de las prioridades sociales y la edificación de una sociedad humanista; donde la promesa al acceso de la riqueza material y el exacerbamiento máximo del principio de la ganancia económica deje su lugar, cosificante y absoluto, al principio solidario y justiciero de la civilización del amor. Si la modernidad incumplida nos ha llevado hacia la manipulación descarnada y caduca del mercado, la posmodernidad campante nos conduce hacia la barbarización sensualista del mero disfrute insolidario y egoísta como máxima expresión de la cosificación humana.

Lo que se requiere en la educación es lo mismo que se requiere en todos los ámbitos de la actividad humana, esto es: *un humanismo basado en la importancia de la necesidad de trascendencia*, porque el que no ama a la criatura no ama a Dios, y amar al creador es amar la Verdad, la Justicia y el Bien, valores sin los cuales no hay calidad verdadera en ningún ámbito humano. Nos falta reactivar una utopía social

que presida el comienzo de estos cambios. El capitalismo anda desquiciado desde su sustancia, el socialismo burocrático naufragó calamitosamente, el cristianismo, siempre redivivo y sempiterno,

necesita de guías espirituales que actualicen el mensaje de Cristo y del Amor, sin los cuales no hay duda que nuestra civilización actual marchará ineludiblemente a su propio ocaso y destrucción.

#### REFERENCIAS

- Barrantes, Emilio (1993). *Breviario de educación*. Lima: Editorial Magisterial.
- Calatayud, Salom (2005) *La formación del profesorado ante el reto de las nuevas tecnologías*. En: Congreso internacional sobre el profesorado ante el reto de las nuevas tecnologías en la sociedad del conocimiento. España: Universidad de Granada.
- Dewey, J. (1971). *Democracia y educación*. Buenos Aires: Losada.
- Durkheim, Emilio (1975). *Educación y sociología*. México: Ediciones 62.
- Flores Quelopana, Gustavo (2007). *La globalización del hiperimperialismo*. Lima: IIPCIAL.
- Flores Quelopana, Gustavo (2009). *La educación ante la sociedad anémica posmoderna*. Lima: IIPCIAL.
- Flores Quelopana, Gustavo (2008). *El imperio posmoderno del hombre anémico*. Lima: IIPCIAL.
- Flores Quelopana, Gustavo (2008). *Los peruanos, por qué somos emprendedores sin ser innovadores*. Lima: IIPCIAL.
- Franco Falcón, Justo (2008). *El auge y la crisis de la economía de los Estados Unidos de Norteamérica*. En: Revista Pensamiento y Acción. Lima: Universidad Ricardo Palma. Setiembre.
- Freire, Paulo (1975). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Heidegger, Martín (1958). *¿Qué significa pensar?* Buenos Aires: Nova.
- Illich, Iván (1975). *La educación sin escuela*. España: Península.
- Mead, M. (1962). *Educación y cultura*. Barcelona: Paidós.
- Morin, E. (2007). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Lambayeque: UNPRG.
- Ortega y Gasset (1972). *Misión de la universidad*. Madrid: Revista de Occidente.
- Saúl Peña, Saúl (2003). *Psicoanálisis de la corrupción*. Lima: Peisa.
- Schwartz, B. (1986). *Hacia otra escuela*. Madrid: Narcea.
- Scott, Mark (1999). *El proceso de creación de valor en la empresa*. Deusto.
- Stefanía Tirini y Miguel Polo (coordinadores) (2008). *Reflexiones sobre la complejidad educativa*. Lima: UIGV.
- Tomás de Aquino, Sto. (1974). *Suma Teológica, Parte de Teología moral, cuestión 1, artículo 7 y 8*. 2do. tomo. Lima: Editorial Universo.
- Weber, Max. (1967). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

#### SR. GUSTAVO FLORES QUELOPANA

Miembro de la Sociedad Peruana de Filosofía, Past-Presidente de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, Presidente del Instituto de Investigación para la Paz, Cultura e Integración de América Latina; Miembro Honorario del Colegio de Profesores del Perú, Miembro de la Sociedad Internacional Antenor Orrego, de la Sociedad Internacional de Filosofía Andina, y de la Sociedad Andina de Estudios Kantianos. Escritor y poeta.